

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios)

EL MISTERIO DE PENTECOSTES.

Repleti sunt omnes Spiritu sancto. Act. cap. II.

La fiesta que hoy celebramos, se llama *Pentecostés*, vocablo compuesto de *Penta* que significa cinco y *costes* equivalente á diez, y multiplicados componen los cincuenta dias transcurridos desde la gloriosa Resurreccion de Jesucristo. Cumplidos que fueron los dias de Pentecostés, y estando reunidos los discípulos en el Cenáculo, hízose de repente un grande ruido como de un viento impetuoso que conmovió toda la casa y se oyó en toda la ciudad. El viento que soplabá impetuosamente venía acompañado de un globo de fuego, cuyas llamas se dividieron repentinamente en forma de lenguas y se deramaron sobre aquella santa asamblea, de manera que fué á posarse sobre la cabeza de cada uno de los discípulos una de estas misteriosas lenguas de fuego. Y todos fueron llenos del Espíritu Santo. Había á la

sazon en Jerusalem una multitud de extranjeros, varones religiosos, procedentes de todas las naciones que hay debajo del sol. Los extranjeros y los de la ciudad acudieron al punto donde ocurrían tan extraños sucesos y la casa del Cenáculo se vió rodeada de un gentío inmenso de todos los países. Viendo los Apóstoles tan favorable coyuntura, se presentan impávidos en la plaza pública, y comienzan á predicar en varias lenguas las grandezas de Dios. Y habiendo allí gentes de diversas naciones, oían hablar su propio idioma. ¿Qué es esto? exclamaban llenos de asombro. Jamás se vió cosa semejante. Por ventura estos hombres que hablan ¿no son galileos? ¿Cómo, pues, les oímos hablar el lenguaje de nuestro país? Otros decían: esos hombres están ébrios. *Musto pleni sunt.* Y en efecto, estaban llenos del espíritu de Dios, espíritu de verdad, de amor y fortaleza que penetrando todo su sér, les habia trasformado en unos hombres extraordinarios, varones perfectísimos, modelos de santidad, orácu-

los de la sabiduría, dechados de la fortaleza y heroísmo. Este divino Espíritu que descendió visiblemente sobre los apóstoles y obró en ellos tan maravillosa transformación, desciende también sobre nuestras almas de una manera invisible pero no menos real y verdadera, y derrama sobre nosotros, si estamos bien dispuestos, no aquellos dones exteriores necesarios entonces para la propagación de la fé, pero si, las mismas gracias de renovación interior, los mismos auxilios de luz, de suave moción y fortaleza sobrehumana, indispensables para realizar y conservar la santificación de nuestras almas. Esta es una verdad tan manifiesta como consoladora para los que tenemos la dicha de vivir en el regazo maternal de la Santa Iglesia católica donde el Espíritu Santo no cesa de obrar sobre las almas esas admirables transformaciones que alegran á los cielos y regocijan á la tierra. No obstante, á fin de que creais firmemente en la acción sobrenatural de Dios sobre el mundo de las almas voy á ocuparme en la difícil, pero agradable tarea de manifestar, primero las maravillosas operaciones de la gracia, y las disposiciones necesarias para recibir su divina influencia.

Hay un orden sobrenatural, creado por Dios y revelado por Jesucristo, que consiste en haber querido el Señor hacernos participantes de su inefable felicidad, abriendo el tesoro de sus riquezas infinitas, añadiendo gratuita y libremente una efusión de dones sobrenaturales, es decir, una comunicación de su propia vida á los elementos de nuestra naturaleza, constituida en su esencia, comuni-

cando á nuestro entendimiento luces, á nuestra voluntad impulso, y á nuestro corazón emociones cuyo origen queda inaccesible á la naturaleza humana. Si; Dios ha querido elevarnos del orden natural al sobre natural, llamándonos á la visión intuitiva y á la sobrenatural posesión de si mismo en el término final de nuestra vida, y concediéndonos gratuitamente los medios adecuados á este fin, á saber, las gracias sobrenaturales que el Espíritu Santo derrama sobre nosotros por el amor infinito que nos tiene. ¡Oh qué maravillas realiza la gracia del Espíritu Santo en las almas que se someten con docilidad á su acción soberana! El Espíritu Santo es un espíritu de verdad que ilumina, un espíritu de amor que santifica y un espíritu de fortaleza que nos hace superiores á todas las fuerzas enemigas. Cuando este Es divino se derrama sobre nosotros, cuando somos favorecidos con este Pentecostés invisible, pero efficacísimo, silencioso, más fecundísimo en gracias y consuelos, luego al punto se disipan nuestros errores, se desvanecen nuestras vacilaciones, se purifican nuestros deseos, se fortifica nuestra voluntad y se trasfigura nuestra alma. Vedlo en los apóstoles. Eran unos hombres rudos, ignorantes, sin cultura de ningún género. El Espíritu de Dios desciende sobre ellos, unas lenguas de fuego se posan en sus cabezas, una luz sobrenatural ilumina sus frentes y penetra sus almas y aquellos hombres rudos, ignorantes y groseros se hacen de repente doctores tan ilustrados, sabios tan distinguidos, oradores tan elocuentes que toda la sabiduría huma-

na se vió obligada á enmudecer en presencia de los apóstoles, y el mundo entero dió testimonio de que aquellos hombres sin letras eran los más ilustrados, de que aquellos hombres sin cultura eran los más elocuentes, de que aquellos hombres sin estudio eran los más sábios de la tierra. ¿Quereis luz? buscáis ciencia? ¿jamais la sabiduría? Hay que buscarla dentro de la Iglesia católica y hay que buscarla por el camino de la oracion humilde y fervorosa.

El Espíritu Santo no envía sus resplandores sino á los que se hallan dentro de la Iglesia de Jesucristo, como el día de Pentecóstes no descendió sino sobre los discípulos que se hallaban dentro del Cenáculo, puestos en oracion, unánime y perseverante. Y su oracion penetró las nubes, abrió los cielos y atrajo sobre sus almas los dones y carismas del Espíritu Santo. Pedid vosotros y recibireis. Fuera de la Iglesia, que es la catedral del Espíritu Santo toda sabiduría es necedad, toda ciencia es ignorancia, toda ilustracion es tinieblas, todas las luces del siglo no son más que fuegos fátuos ó sombras de muerte.

Orad vosotros como los apóstoles y alcanzareis esa luz divina que se concede á los humildes y se niega á los sábios orgullosos. Pedid al Espíritu Santo, y os dará la ciencia del espíritu, la ciencia del bien obrar, la ciencia de la salvacion, que vale más, infinitamente más que todos los tesoros de la tierra y en cuya comparacion ni citarse merecen las especulaciones más sublimes. Aprended la ciencia de Dios, y el arte de la salvacion, pues como sepais salvaros,

aunque todo lo ignoreis, os digo que habeis sido los más sábios de los hombres; pero aunque poseyeseis todas las ciencias y tubieseis asiento entre las eminencias literarias, si no sabeis la ciencia de la salvacion, sino llegais á salvaros, habeis sido los más necios de los hombres. *Stultissimum virorum.*

Porque esa luz, esa ciencia, esa celestial sabiduría no es una simple especulacion, no es una ciencia estéril no es una sabiduría de puro adorno; la ciencia católica, la sabiduría divina, la luz del Espíritu Santo no solo ilumina, sino que santifica, semejante al sol, no solo disipa las tinieblas, y esclarece todos los espacios, y alegra todas las potencias de este mundo menor, obra predilecta de Dios, sino que penetra todo su sér, lo transforma, lo vivifica, y siendo de suyo un campo esteril, incapaz de todo bien sobrenatural y meritorio en orden á la vida eterna, conviértese, merced á la accion santificadora del Espíritu Santo, en un paraíso donde se ostentan las flores más hermosas y los frutos más preciosos del Eden de los cielos. Yo contemplo muchas veces y siempre con admiracion, la sorprendente metamorfosis obrada en los apóstoles por la virtud maravillosa del Espíritu de Dios el día memorable de Pentecostés. No hay más que abrir el Evangelio para ver su retrato antes y despues de la venida del Espíritu Santo. Eran ántes imperfectos, groseros, miserables, dominados por la envidia, el orgullo y la ambicion; son ahora hombres nuevos, varones perfectos, modelos de pureza, dechados de abnegacion, imitadores de Jesucristo por cuya

gloria desprecian los tormentos y arrastran la muerte.

El Espíritu Santo descenderá sobre nosotros, y nos transformará en hombres nuevos, si procuramos merecer sus divinos favores. Seamos dóciles á los llamamientos de Dios, y cuando llamé á las puertas de nuestro corazón, *Sto ad ostium et pulso*, respondamos al punto; *Paratum cor nostrum*, dispuesto está nuestro corazón, y abierto como el caliz de la flor para recibir el rayo santificador de vuestra gracia y el rocío refrigerante de vuestras santas inefables consolaciones. Entonces sentiremos circular por nuestras venas una nueva vida, y arderá en nuestro pecho un fuego misterioso que purificará nuestro corazón y cambiará nuestras costumbres. Esa vida nueva es la vida de Dios y ese fuego misterioso, *non comburens, sed illuminans*, es el amor del Espíritu Santo, el amor de lo puro, de lo justo, de lo bello, de lo grande, de lo sublime, de lo perfecto; amor victorioso que ahoga en el corazón todos los amores mundanos, agente invisible, pero realísimo que obra en nosotros y con nosotros y es en la santificación de las almas y en la creación de las virtudes, el pintor, el escultor, el artista divino que reproduce con sus delicadas infinitas y con sus inimitables toques la imagen y semejanza de Dios, deformada por la culpa.

Pongamos ahora la mano sobre nuestro corazón, escuchemos sus latidos, y veamos qué fuego le abrasa. ¿Es el amor de Dios? Cualquiera que ame á Dios, guardará sus palabras, dice el Evangelio. ¿Quién guarda sus palabras? ¿dónde están los celadores

de su gloria? ¿dónde los que aman la justicia y aborrecen la iniquidad? ¿dónde los dispuestos á la persecución, al sacrificio, á las pérdidas materiales, al desprecio del mundo y de sus placeres por el lustre de la fé, por la defensa de la religion, por los intereses de la Iglesia por la gloria de Jesucristo, y la salvacion de sus almas? Y si no es el amor de Dios ni el deseo de santificarse el fuego que abrasa vuestras almas, ¿que fuego es ese cuyas llamas se levantan como de una inmensa hoguera del fondo de vuestros corazones? Por ventura, ¿será el fuego de la ambicion? ¿será el fuego de la avaricia? ¿será el fuego de la injuria? ¿será el fuego de la soberbia? ¿será el fuego de los odios y de los rencores? Meditadlo bien, y confesad que nos devora y consume el fuego de todas las concupiscencias.

De aquí nacen la debilidad de la fé, la cobardia y repugnancia para el sacrificio, el miedo para la práctica del bien, y las complacencias con los obradores del mal. Donde no hay amor de Dios ¿cómo ha de haber celo por la gloria de Dios? Donde no obra el espíritu de Dios ¿cómo ha de haber valor cristiano para confesar á Dios? ¿Dónde no influye con su virtud ¿soberana la gracia de Dios ¿cómo ha de haber fuerza sobrenatural y decisiones animosas para practicar la virtud y emprender con resolucion y perseverancia la conquista del reino de Dios? La fortaleza cristiana es otro de los admirables efectos de la gracia, virtud divina que el Espíritu Santo comunicó á los apóstoles el día de Pentecostés. Estos hombres antes tan débiles, tan tímidos, tan pusilánimes, apenas desciende sobre

sus almas el Espíritu de Dios, se convierten en animosos é invencibles campeones de la verdad y se lanzan como leones á la conquista del mundo, predicando la divinidad de un ajuziciado y la necesidad de abrazarse con su Cruz.

Esta fortaleza necesitamos hoy para defender nuestra fé y salvar nuestras almas. Vivimos en tiempos de tentacion y batalla. La práctica de la Religión reclama de los verdaderos católicos no sólo fidelidad sino valor. Debemos confesar la fé de Jesucristo, con los lábios y con las obras, debemos defender á la Iglesia perseguida y al Papa encarcelado, con decision y fortaleza de ánimo, sin vergüenza y sin temor. En estos tiempos de cínica impiedad y de retos blasfemos, en esta época de viles apostasias y de cobardes transacciones, callar los verdaderos católicos, cuando deben hablar es una cobardía; transigir con el liberalismo, nuestro enemigo, es una traicion; abandonar en la lucha á la Iglesia, cubierta de heridas, es una impiedad; entregarse á la inaccion y á las comodidades de la vida, reir y divertirse mientras nuestro Padre gime cautivo y riega con sus lágrimas el pavimento de su prision, es un crimen horrendo que no tendrá perdon en este siglo ni en el futuro. Invóquemos nosotros la luz y el auxilio del Espíritu Santo, para trabajar con celo y perseverancia por la gloria de Dios y la posesion de su reino.

Amen.

LA CONFIANZA EN SAN JOSÉ.

Quiero referiros un ejemplo. Un ejemplo es un caso que no ha sucedido (aunque posible y muy posible es que sucedido hubiese); pero que se ha trasmitido de unos en otros desde muchos años porque el espíritu que lo dictó y la enseñanza que contiene son profundamente religiosos; y como todo lo religioso se imprime, no sólo en la memoria, sino en el espíritu y en el corazon, estos ejemplos, aunque confiados en su mayor parte sólo á la tradicion verbal, se conservan como las hermosas cristalizaciones que en pós de sí, dejan las aguas vivas de un rico, manantial. Estad atentos.

Había un hombre muy de bien, de oficio carpintero, que, como tal era muy devoto del Santo Patrono de los de su oficio, que es el bendito Patriarca señor San José, quien, como ustedes no ignoran, era carpintero, por lo que dice la copla de Noche Buena.

El niño de María
No tiene cuna;
Su padre es carpintero
Y le hará una.

Habíale hecho al Santo un altar muy primoroso en un Convento de Capuchinos, y había distribuido el camarín en ochavas y compartimientos, esculpiendo en cada cual, con mucho primor y esmero, una de las herramientas de su oficio, lo que le adornaba de una manera tan apropiada, que cuantos lo miraban se enternecian al recordar todo el amor y predileccion que había demostrado Dios al hacerse hombre, al trabajo y á la pobreza, puesto que todas las

cosas que vemos nos impresionan más que las que oímos. Pero esa nuestra santa religión católica nos hace ver de mil maneras tan palpables sus sagrados misterios. Pero sucedió que el buen carpintero fué por la desgracia visitado; perdió á su mujer y á sus hijos, no quedándole sino una niña; se puso enfermo al entrar en años, y por último... cegó. Mas todas sus desgracias las llevaba con suma paciencia, y siempre se le veía sereno y confiado en la protección de su santo Patrono.

Como no podía trabajar, y su pobre hija, que había de atender á su asistencia, ganaba muy poco en su costura, fueron vendiendo cuanto tenían y cayeron en la más completa desnudez y miseria.

Cuando el buen cristiano sintió acercarse su muerte, quiso prepararse á bien morir y dijo á su hija que avisase á un escribano, porque quería hacer testamento.

—¡Testamento.... padre!—exclamó llorosa y asombrada su hija, —¿acaso tiene su merced algo de que testar?

—Sí, hija,—contestó su padre;—asi, haz lo que te mando y avisa al escribano.

La hija, aunque presumió que las palabras de su padre eran debidas al delirio de la calentura, como era muy obediente hizo lo que su padre le mandaba. Al recibir el escribano el recado del moribundo, sospechó que este seria un avariento que, aparentando miseria, tendria algun caudal oculto, y se apresuró á acudir á la cabecera del enfermo.

Cuando todo lo tuvo preparado, y encabezado el testamento EN EL

NOMBRE DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, como es costumbre, le dijo al enfermo que dictase su última voluntad lo que hizo este en los siguientes términos:

«Doy mi alma á Dios, mi cuerpo á la tierra, y nombro por mi ejecutor testamentario y por tutor de mi hija, A MI SANTO PATRONO SEÑOR SAN JOSÉ.»

Dicho lo cual se durmió en el Señor con aquella tranquilidad que tienen en este trance los que creen en Dios y tienen una buena conciencia.

El escribano se fué de mal talante, y la pobre hija del difunto se quedó en el mayor dolor y desamparo, no teniendo nada en este mundo para procurar al padre de su alma mortaja, ni caja, y sin poder costear su entierro.

Estando en esta tribulación y congoja, oyó que llamaban á la puerta; abrió y vió entrar á un venerable anciano, con modesto y suave semblante, con túnica y manto de color oscuro y un báculo en la mano. Entonces el anciano le dijo que no se apurase, que él cuidaria de todo; y así lo hizo saliendo y volviendo al poco rato con la mortaja, la caja y el clero de la parroquia, y se le hizo al pobre carpintero un entierro muy decente, yendo de cabeza de duelo aquel venerable anciano.

Cuando volvió del campo santo, le dijo á la pobre huérfana, que se iba, pero que volveria al día siguiente.

Fuése el anciano á una ciudad inmediata, llegóse á una casa, en la cual vivia un caballero muy bien acomodado y de muy buenas prendas. Hízose anunciar como persona que

tenia que tratar con él un asunto importante, y cuando estuvo en su presencia le dijo:

—¿Os acordais, cuando volvials embarcado con todo vuestro caudal de las Indias, del temporal que sufristeis en alta mar y que os puso á punto de perecer?

Si, recuerdo,—contestó admirado el caballero,—pero, ¿cómo lo sabéis vos?...

¿Recordais tambien?—prosiguió el anciano,—que hicisteis una promesa, y que fué la de casaros con la niña más pobre y más honrada que encontraseis, si Dios os librara de aquel peligro?

—Si recuerdo,—respondió asombrado el caballero— pero ¿cómo sabéis tambien esto, cuando á nadie se lo he dicho?

—Estais en cumplir uestra promesa?—preguntó el anciano.

—Si que lo estoy,—exclamó el caballero,—y lo que me pesa es haber sido tan remiso y moroso en hacerlo.

—¿Quereis que os haga yo conocer la niña más pobre y más virtuosa que podreis haliar?—tornó á preguntar el anciano.

—Si que me place.—respondió el caballero:—me habeis inspirado tanta confianza, me siento tan inclinado á vuestra venerable persona, que estoy pronto á seguivos.

Pusieronse en camino, y en breve llegaron á la humilde casa de la pobre huérfana.

Estaba esta tan afligida por la muerte de su buen padre, como acongojada por no saber que seria de ella, porque hasta el casero viéndola tan desvalida, y temiendo que no

podiese pagar la casa, la queria echar á la calle. El anciano le dijo que no se afligiese, puesto que aquel caballero que le acompañaba, y que era muy cristiano y muy bueno estaba bien acomodado y la queria amparar para casarse con ella.

El anciano hizo en poco tiempo todas las diligencias y aprestos para el casamiento. Y despues que se efectuó, estando los tres sentados á la mesa de la comida de la boda, le rogaron los desposados con mucho cariño que les dijese quien era, á quien debian tantos favores y mercedes, á lo que el anciano, poniéndose de pié, contestó con mucha bondad y compostura. «Yo soy José, al que cupo la dicha de ser el compañero de la Sagrada Virgen María y custodio del divino Niño Jesús. Tu cristiano padre fué siempre un ferviente devoto mío, y á la hora de su muerte me encargó que cumpliese su testamento; esto he hecho: llevé su buena alma á Dios, di su cuerpo á la tierra, y como tutor tuyo he cumplido tambien, dejándote amparada y dichosa.» Entonces el techo del aposento se entreabrió como una granada, apareció una luz rosada como la de la aurora y brillante como la del medio dia. En aquella gloria apareció un divino Niño, que dijo el anciano: «Venid, padre, que mi madre os está echando de menos» y el anciano bendiciendo los desposados, que con las manos cruzadas y los rostros bañados en lágrimas, habian caido postrados en tierra, se alzó suavemente, cogiendo la mano que el Niño le alargaba, y desapareció en las alturas.

Fernan Caballero.

UN DECRETO.

DEL EXCMO. SR. ARZOBISPO DE SANTIAGO
DE CUBA.

El *Boletín Eclesiástico* de dicha archidiócesis publica un decreto prohibiendo varios periódicos y revistas.

Hé aquí la parte dispositiva de tan importante documento:

«1.º Condenamos y reprobamos todas las publicaciones que se hagan en este arzobispado y que contengan doctrinas del *protestantismo*, *racionalismo*, *panteísmo*, *materialismo* y *socialismo*.

«2.º Prohibimos todos los periódicos que se publican y se publiquen en el territorio de este arzobispado y que tengan por propagación las doctrinas y máximas del *espiritismo*, de la *masonería* ó de *cualquiera sociedad* prohibida por la Iglesia.

3.º Prohibimos á todos nuestros diocesanos, en virtud de santa obediencia, la lectura de *todos los periódicos* que *habitualmente* ó *con frecuencia* publiquen errores contra la fé, máximas ó doctrinas inmorales, calumnias ó injurias contra la autoridad eclesiástica, el clero, las instituciones monásticas, las congregaciones de regulares y las asociaciones católicas.

«4.º Prohibimos asimismo la lectura de todos los *libros*, *folletos*, *novelas*, *revistas*, *hojas sueltas* ó *pliegos* que contengan ideas ó conceptos contra la Iglesia católica y en que se revelen tendencias al *indiferentismo religioso* ó al *protestantismo*.

«5.º Prohibimos la suscripción á publicaciones hostiles al Catolicismo, y mandamos que los que tuvieren en su poder alguna de esas publica-

ciones, las entreguen á sus confesores para que éstos las traigan ó envíen á nuestra secretaría de cámara ó á Nos directamente.

«6.º Los que tuvieren duda sobre la ortodoxia de algun *libro*, *novela*, *revista* ó *periódico*, deberán consultar á sus párrocos, confesores ó directores, ó á algun sacerdote docto que pueda sacarles de dicha duda, para que así obren *tuta conscientia*.

«7.º Mandamos que este nuestro edicto se lea por los curas párrocos al ofertorio de la misa *pro populo* en el primer día festivo siguiente al de su recepción, ponderando ellos á sus respectivos feligreses la obligación que tienen de someterse al magisterio y autoridad de la Iglesia, bajo la pena de pecado mortal y de las censuras que están marcadas en la Bula *Apostólica Sedis* del Papa Pio IX.

«8.º Encargamos á todos nuestros fieles diocesanos que rueguen á Dios por los que yerran en materia de fé y de costumbres, para que Dios Nuestro Señor toque sus corazones y se conviertan á la luz de la verdad revelada.

«Dado en nuestro palacio Arzobispal de Santiago de Cuba; firmado por Nos, sellado con el mayor de nuestra dignidad, refrendado por nuestro infrascrito vice-secretario de cámara á 27 de Febrero de 1884.— José, Arzobispo de Santiago de Cuba.—Por mandado de S. E. I. el Arzobispo mi señor, Licenciado Eugenio del Blanco, Prebendado vice-secretario.»